

Excelentísimo Señor Rector Magnífico, Ilustrísimas Autoridades, Ilustres Profesores del Claustro, Señoras y Señores.

Me ha correspondido el privilegio de presentar a Luis Hernando como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Alcalá. Se trata de una iniciativa en la que han colaborado muchas otras personas que le quieren y le respetan incluso ajenas a la Universidad. Probablemente no soy la persona más indicada para esta presentación, ya que muchos de Vds conocen a Luis desde mucho antes y más profundamente que yo. Sin embargo, no he querido renunciar a este privilegio, para poder expresar, de forma totalmente personal, toda la admiración y el cariño que le profeso.

Con estas breves líneas, no voy a tratar de resumirles su currículum. Es perfectamente conocido de todos Vds. Sin embargo, quiero situar la figura de Luis en sus coordenadas temporoespaciales, para poder comprender en profundidad su enorme trascendencia académica, científica y humana.

Luis realiza sus estudios de Medicina en la Universidad Complutense de Madrid, donde posteriormente se doctora. Ni que decir tiene que con las más altas calificaciones. Completa su formación con estancias en Oxford, Hamburgo y Boston, y en 1956 se incorpora como Jefe Asociado de Medicina Interna a la Clínica de Nuestra Señora de la Concepción. En ese mismo año contrae matrimonio con María José Helguero. Es en la Fundación Jiménez Díaz, que ya nunca abandonaría, donde desarrolla toda su actividad profesional. Jefe del Servicio de Nefrología, el primero con este nombre en España, desde 1962, pasa a ser Consultor Jefe de ese Servicio en 1992, tras un breve periodo como Director Médico de esa Institución. Desde la misma, se vincula estrechamente a la naciente Universidad Autónoma de Madrid, siendo nombrado Profesor Titular de Medicina en 1985, y comprometiéndose de forma activa con la formación de los profesionales médicos. Primer secretario y segundo presidente de la Sociedad Española de Nefrología, ha sido uno de sus miembros más activos desde su fundación en 1963, siendo el primer Director del órgano oficial de la Sociedad, la revista Nefrología,

fundada en 1981. Entre 1985 y 1990 fue Presidente del Consejo Nacional de Especialidades Médicas, así como de la Comisión Nacional de Nefrología. Conocido y respetado internacionalmente, fue el presidente y el “alma mater” del primer Congreso de la Sociedad Internacional de Nefrología celebrado en España, en 1995. Es patrono en la actualidad de importantes fundaciones vinculadas a la actividad nefrológica asistencial y académica, como la Fundación Renal Iñigo Álvarez de Toledo y el Instituto Reina Sofía de Investigaciones Nefrológicas. Y a lo largo de todos esos años, ha tenido y educado seis hijos, y ha disfrutado con sus doce nietos.

Esta breve reseña de actividades e hitos históricos bastaría, por sí misma, para situar a Luis Hernando entre la Figuras preeminentes de la Medicina de la segunda mitad del siglo XX en España. Y sin embargo, no resaltan suficientemente la trascendencia de su labor. Y esto es lo que me gustaría hacer a mí.

Luis Hernando creó la especialidad de Nefrología en España. En una época en que una serie de disciplinas se desgajaban del tronco común de la Medicina Interna, amparándose en peculiaridades clínicas y analíticas, y sobre todo en la especificidad de unas técnicas, Luis asumió el liderazgo de los pioneros, de los constructores, de los creadores, sentando las bases de una especialidad médica que creció rápidamente con enorme pujanza intelectual. Ciertamente es que, en otros sitios de España, otros profesionales también contribuyeron al nacimiento de la disciplina. Ciertamente es también que, en los primeros años, contó con el apoyo, seguro que él está encantado de reconocerlo, de sus maestros. Y no es menos cierto que, en torno a él, se agruparon profesionales competentes que, como discípulos, le enseñaron tanto o más que lo que recibían de él. De hecho ha hecho suya la frase del Corán “Todo lo que sé me lo han enseñado mis discípulos”. Pero Luis actuó como motor, como fertilizante de ese medio enormemente enriquecido, y en la actualidad los nefrólogos españoles pueden competir, en condiciones de igualdad, con los mejores especialistas del mundo.

Luis Hernando fue también uno de los artífices de la creación del sistema de formación de especialistas vigente en nuestro país. Para los que no estén familiarizados con el mundo médico, me gustaría recordarles que, en España, los licenciados en Medicina acceden a la formación médica especializada a través de un sistema de selección objetivo y totalmente imparcial, que garantiza la accesibilidad, única y exclusivamente en función de los méritos, a los puestos hospitalarios que constituirán la base de su formación como especialistas. Es, probablemente, uno de los sistemas más democráticos de nuestro país, en el sentido de que preserva totalmente el criterio de igualdad y, desde mi punto de vista y aceptando sus limitaciones, el responsable del incremento significativo de la calidad media de la asistencia sanitaria en España. Pues bien, en su origen, este sistema estuvo animado y pilotado por un grupo de profesionales entre los que se encontraba Luis Hernando.

Pocos profesionales de la Medicina podrán presentar, entre sus logros, la creación de una especialidad y de un sistema educativo. Y sin embargo, creo que Luis nos ha dado algo más, mucho más, que nunca debería ser olvidado en un mundo que, como la Universidad, debe servir de ejemplo y guía a la Sociedad.

Luis nos enseñó a mirar el mundo de forma inquisitiva y crítica, planteándonos continuas preguntas sobre la esencia misma de nuestra actividad, y tratando de responderlas de forma ordenada y coherente. En suma, nos enseñó que la investigación debe impregnar toda nuestra actividad clínica y docente, con el fin de salvarla de la mediocridad que puede generar la rutina. En los tiempos que corren, con un reconocimiento generalizado, al menos a nivel teórico, de la importancia de la investigación como motor de desarrollo de las sociedades, pero con un tibio apoyo por parte de las Instituciones, el mensaje de Luis cobra una actualidad inquietante.

Y también nos enseñó el valor del trabajo, del trabajo de todos los días, del trabajo bien hecho, de la responsabilidad de los propios actos. Nada más lejos de esa actividad puntual e intensa, pero discontinua, de nuestro carácter mediterráneo. Y a costa, muchas veces, del tiempo que le hubiera gustado dedicar a sus seres queridos, a los que nos consta que adora. En mis últimas conversaciones con Luis, entre comentarios profesionales y científicos, intercalados con apuntes sobre la biología de la vaca limusina, siempre ha existido un lugar común, su gran amor por sus hijos y sus nietos y su profundo amor y respeto por María José.

Y la última enseñanza, su honestidad, su enorme honestidad en un mundo complejo, de valores cambiantes, con múltiples tensiones científicas, sociales y económicas. A veces, no ha resultado muy fácil como interlocutor, pero sus actos y sus palabras han fluido acompasadamente, de acuerdo con un sistema de valores profundamente humanista. Escribía Confucio: “Un

caballero se avergüenza de que sus palabras sean mejores que sus hechos”. ¡Qué gran caballero es Luis Hernando!.

Voy a tratar de ir acabando. Es evidente, con todo lo expuesto, que Luis reúne méritos más que suficientes para acceder a cualquier doctorado honoris causa en cualquier Universidad. Ahora, querría explicarles por qué en Alcalá. Evidentemente, porque las personas que hemos propuesto su nombramiento le queremos y le respetamos. Pero también, porque somos profundamente egoístas, estamos orgullosos de nuestra Universidad y, a pesar de protestar muchas veces, deseamos que los mejores se incorporen a nuestra Institución. Luis, desde ahora y para siempre, eres parte de la Universidad de Alcalá. Hay aún algo más. A veces, tratando de imaginar los comienzos de la actividad del Colegio de San Ildefonso en Alcalá de Henares, a principios del siglo XVI, en el ambiente universitario estático y algo decadente de la Universidad española de la época, puedo vislumbrar la figura de algunos pioneros, que rompiendo con las normas del conocimiento de la época, sentaron las bases de la

enorme eclosión intelectual de nuestro Siglo de Oro. Algo así como el nacimiento de la especialidad de Nefrología en la segunda mitad del siglo XX en España.

Un breve apunte autobiográfico, y acabo. En el colegio religioso donde me eduqué, existía la costumbre de dar, como premio al comportamiento o al conocimiento, unos pequeños trozos de papel que, entre otras cosas, servían para librarnos de castigos eventuales. En estos cartoncillos, a los que llamábamos vales, estaban impresas una serie de frases, imagino que de contenido educativo, que por supuesto he olvidado completamente. Solo una, cuyo origen he tratado de buscar infructuosamente, permanece en mi memoria: “Estrecho y escarpado es el camino de las estrellas y de la gloria. Sólo los apasionados y los abrasados de fe caminan por él”. Me recuerda mucho a Luis Hernando.